



EL PUESTO

de Fulgencio M. Lax

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

Registro de la propiedad intelectual a nombre del autor.
Contactos: iconoteatro@ono.com

La guerra es esa fiel compañera que nos ha estado siempre con nosotros, desde que el hombre es hombre, y se ha convertido en una terrible y traicionera sombra que nos miente y que nos engaña porque siempre el perdedor es el mismo: El hombre.

EL PUESTO

de Fulgencio M. Lax

Dirección

César Bernad

Reparto

Galván.....Pedro Gálvez

Horacio.....Andrés Ariza

Ficha técnica

Diseño de imagen Ana Pozuelo

Realización Imagen..... Imprenta Saavedra/Nausicaa

Fotografía..... *** **

Vídeo Muaree

Diseño y realización página web..... José Martínez Lax

Diseño iluminación..... Jesús Martínez

Música..... Gonzalo

Diseño y realización vestuario..... Ato.Ato.

Diseño y realización de escenografía.....Diptongo

Diseño y realización utillería Migué Canseco

Gerencia y producción ejecutiva Paca Díaz

ProducciónIcono Teatro, S.L

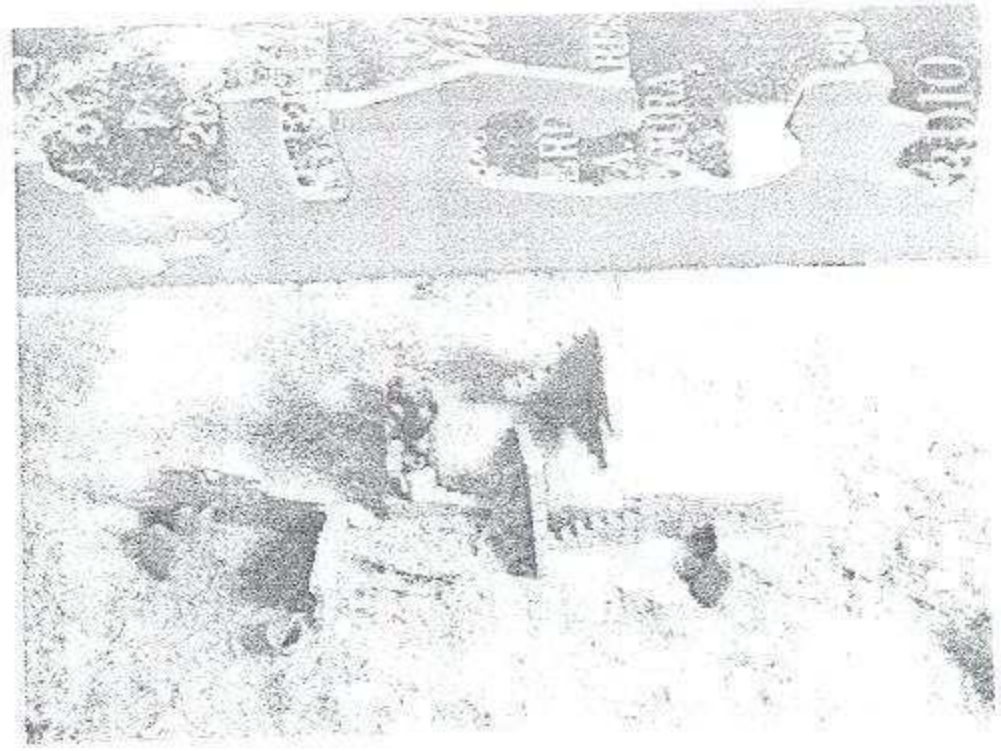
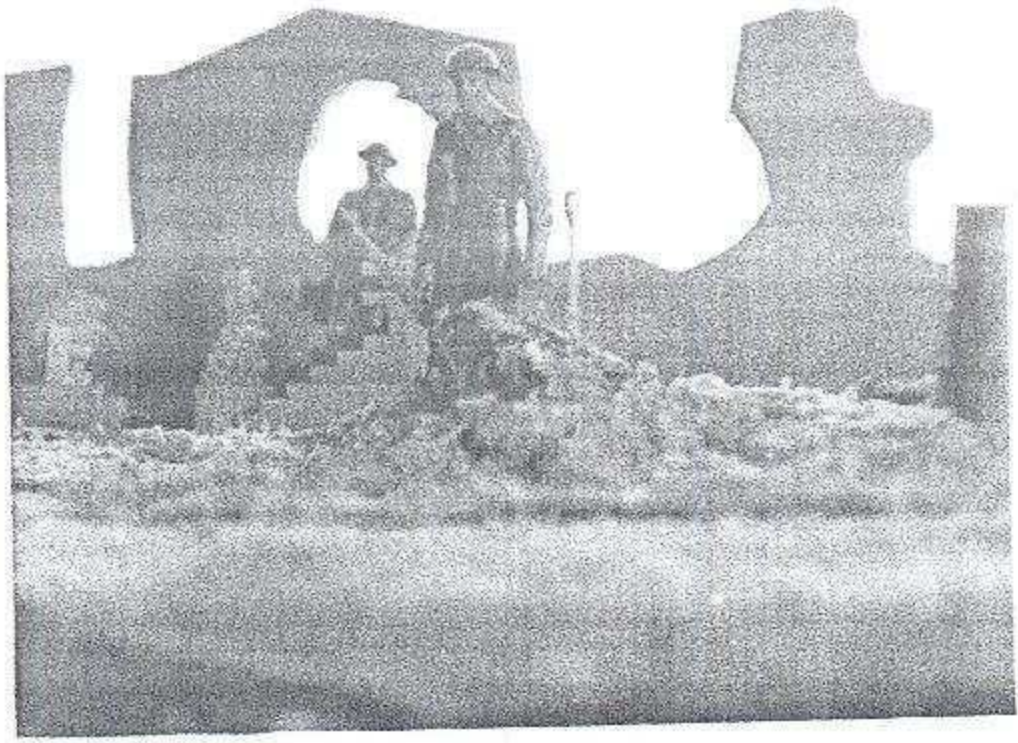
Empresas colaboradoras

Cotes Seguros, SL

Cuasimoda

Cocofactory.

Espectáculo subvencionado por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad Autónoma de Murcia



Un hombre que, cuando conoce lo que hace otro hombre, quiere dejar de ser hombre, pero ama tanto al hombre que quiere seguir siendo un hombre.

PERSONAJES

HORACIO.- Soldado. Viste chaquetón gris con galones dorados. Pantalón del mismo color y botas. Usa fusil y lleva un casco verde militar.

GALVÁN.- Soldado. Viste chaquetón azul con galones dorados. Pantalón del mismo color y botas. Usa fusil y lleva un casco verde militar.

(En una parte del escenario está la mitad del mundo. En la otra parte el resto. En una parte el miedo, la supervivencia, la intranquilidad y la incertidumbre. En la otra parte también. En una parte hay un hombre. En la otra también.)

Los soldados Horacio y Galván se encuentran perdidos cada uno en su puesto de vigilancia acompañados, tan sólo, por las ordenanzas, el temor, la soledad y un difuminado recuerdo.

Ambos visten uniformes tres tallas más de las que les corresponden y el vestuario hace evidente que son de ejércitos distintos. Realizan las mismas acciones de forma simultánea: Levantarse, hacer los ejercicios de estiramiento, besar la bandera, saludar a un superior, izar la bandera, rendir honores a la bandera, desayunar, orinar y comenzar la tarea de vigilancia. Todo es muy marcial, muy militar, pero por el ojo de una cerradura se ve claramente que los dos personajes están bajo la carpa de un circo con sus venas al aire libre.)

HORACIO.- Aquí mucho vigilar, mucho vigilar pero pasar, pasar, no pasa nadie.

GALVÁN.- *(Mira atento e hipnotizado a un horizonte que se quiebra.)* Mucho tiempo vigilando y no pasa ni el aire *(Pausa)* Este silencio.

HORACIO.- No se oye nada.

GALVÁN.- Todo está desierto.

HORACIO.- Todo está solitario *(Cargando el fusil.)* Sólo me queda una bala, pero si la tengo que aprovechar la voy a aprovechar sin dudar ni un minuto. Yo sé cumplir con mi obligación.

GALVÁN.- No me queda munición. Ni una bala, pero el enemigo no lo sabe y ojos que no ven corazón que no siente. Al menos eso es lo que dice el refrán.

HORACIO.- Con la buena mañana que hace...

GALVÁN.- Con lo oscuro que está todo.

HORACIO.- Este sol...

GALVÁN.- Aquellas nubes...

HORACIO.- Como llueva...

GALVÁN.- Ahora me tomaría una cerveza bien fría.

HORACIO.- Una buena cerveza no me vendría nada mal.

GALVÁN.- Y un cigarrillo. Es la hora de empezar la ronda.

HORACIO.- Voy a comenzar mi guardia.

GALVÁN.- *(Mirando atentamente alrededor.)* Todo parece tranquilo.

HORACIO.- Tranquilo y sereno. Si al menos se oyera algo.

GALVÁN.- No se oye ni una mosca.

HORACIO.- Ni un mosquito.

GALVÁN.- Ni una hormiga.

HORACIO.- Ni una libélula.

GALVÁN.- Ni un grillo.

HORACIO.- Ni, ni... *(Buscando en el Libro de instrucciones y ordenanzas militares. Con satisfacción.)* Ni un insecto. Seguro que el enemigo sabe que este puesto está vigilado por un águila de la guerra, por una pantera de la lucha, por el león de los campos de batalla. Grrrr, grrr.

GALVÁN.- Grrrr.

HORACIO.- ¡Grrrrr!

GALVÁN.- ¡¡Grrrrrrrrrr!!

(Encontrándose.)

HORACIO.- ¡Anda!, ¿Quién eres tú?

GALVÁN.- ¡Qué susto me has dado!

HORACIO.- ¡Hombre! Yo también me he asustado. No esperaba encontrarme con nadie.

GALVÁN.- Está todo tan solitario...

HORACIO.- Ya, pero ¿Quién eres tú?

GALVÁN.- Soy Galván. El soldado Galván. ¿Y tú?

HORACIO.- Yo también soy soldado.

GALVÁN.- Qué casualidad.

HORACIO.- *(Con el miedo recorriendo las venas que dibujan las líneas de la mirada.)* ¿Eres el enemigo?

GALVÁN.- *(Mirando, con temor, en todas las direcciones.)* ¡El enemigo! ¿El enemigo? ¿¿Dónde está?

HORACIO.- *(Asustado)* ¿Eres el enemigo?

GALVÁN.- ¿Yo?

HORACIO.- ¡Dios mío! ¡Tú eres el enemigo! He encontrado al enemigo. ¡Manos arriba!

GALVÁN.- *(Perplejo y buscando en todas direcciones a alguien que no es otro que él mismo.)* ¿Yo el enemigo? ¿Cómo puedes decir eso? Estoy haciendo mi ronda.

HORACIO.- ¿Tu ronda? ¡Igual que yo!, también estoy haciendo mi ronda.

GALVÁN.- La ronda la estoy haciendo yo.

HORACIO.- Y yo. Estoy buscando al enemigo.

GALVÁN.- ¿Tú también buscas al enemigo?

HORACIO.- Como cuando un ejército arrasa una ciudad y mata a todos los ciudadanos, ciudadanas, niños, niñas, destroza los edificios, las gasolineras, los hospitales... *(Progresivamente va masticando las palabras que lo ahogan sin piedad)*

GALVÁN.- Eso es terrible. ¿Cómo ha podido ocurrir?

HORACIO.- Ha sido ahora mismo y la catástrofe venía de por aquí.

GALVÁN.- Espera, ¿Algo así? *(Repite la acción onomatopéyica infantil y guerrera)*

HORACIO.- *(Aterrado)*. Sí, algo así.

GALVÁN.- *(Tranquilizador)* He sido yo.

HORACIO.- ¿Has sido tú?

GALVÁN.- Ha sido sólo un juego.

HORACIO.- ¿Un juego? ¿Un juego? Pues me has dado un susto de muerte. ¿No habíamos quedado en que ibas a dar un grito si necesitabas ayuda?

GALVÁN.- Sí, pero...

HORACIO.- En vez de gritar te inventas una guerra. Sólo Dios sabe los hombres y las mujeres que habrán muerto; o los que habrán perdido su hogar; o los que habrán quedado solos y no podrán regresar a ninguna parte o peor, los que se habrán enriquecido con el dolor de los demás, porque esos nunca mueren y siempre están haciendo guerras.

GALVÁN.- *(Agobiado)* Era como una broma.

HORACIO.- Pero puede haber gente que no sepa que es de broma y se muera y se confunda y... y.... Ahora habrá que hacer el informe de las bajas.

GALVÁN.- ¿Ha habido bajas?

HORACIO.- En la guerra siempre hay bajas. Habíamos quedado en que darías un grito. Estuvimos ensayando.

GALVÁN.- ¿¡Eooooeoooo!/? Lo había olvidado por completo. Siento haberme despistado de esta forma, sólo estaba jugando. Fuiste por tabaco, me quedé solo y...

HORACIO.- ...Y he traído el cigarro.

GALVÁN.- ¿Sólo uno?

HORACIO.- No me quedan más.

GALVÁN.- Pues has tardado muy poco.

HORACIO.- Es que soy un águila. Tengo el puesto aquí cerca.

GALVÁN.- Igual que yo. Mira. *(Señala el lugar donde tiene el puesto, que está junto al de Horacio)*

HORACIO.- El mío es éste.

GALVÁN.- ¡Somos vecinos!

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- Podemos hacernos visitas.

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- Podemos pedirnos aceite, azúcar y todo eso.

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- Nosotros somos buena gente.

HORACIO.- Buena de verdad, ¿Llevas fuego? Toma, esta es tu mitad.

(Fuman en silencio observando cómo se escapan los anillos del humo)



HORACIO.- ¡Silencio! ¿Has oído algo?

GALVÁN.- ¿Algo?

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- ¿Algo? ¿Algo como qué?

HORACIO.- No sé, algo parecido, parecido... Parecido a cuando una mano se abre y se cierra, se abre y se cierra.

GALVÁN.- ¿Así? *(Haciendo el movimiento de abrir y cerrar la mano)*

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- Es que esto no se oye, sólo se ve.

HORACIO.- Eso da lo mismo. Los sordos no lo oyen pero lo ven y los ciegos no lo ven pero lo oyen, y nosotros que lo oímos y lo vemos tenemos que dar gracias al Señor.

GALVÁN.- Pues no lo he oído. ¿Y tú?

HORACIO.- No lo sé, no estoy seguro.

GALVÁN.- Eso es lo que más cuesta.

HORACIO.- ¿El qué?

GALVÁN.- Estar seguro de las cosas.

HORACIO.- Yo procuro estar atento, pero con esta niebla no puede haber nada seguro.

GALVÁN.- Con esta niebla, lo único fijo y claro que tengo es el pago del seguro de los muertos.

HORACIO.- Eso es un pago al que obliga el destino.

GALVÁN.- Por eso es importante morir en un sitio donde te puedan encontrar, si no a dónde va a parar el dinero. No necesita uno pagar nada porque luego no te entierran y te quedas así, con todos los pagos como si no los hubieras hecho.

HORACIO.- Ese es un problema serio. Está uno en la batalla y llega una bala con oficio, te mata y luego no te encuentran porque te has caído en un sitio olvidado. ¿Qué hace tu familia con los recibos pagados?

GALVÁN.- Eso digo yo, ¿Y qué me dices del destino? El vendedor de seguros, cuando vino a casa, dijo que el destino era el de la póliza y que para eso pagábamos los recibos.

HORACIO.- Esta guerra no deja cumplir a nadie con nada.

GALVÁN.- El enemigo tiene la culpa de todo.

HORACIO.- Sí, grrrr.

GALVÁN.- Yo también estoy muy cabreado, grrrr.

HORACIO.- Y yo, grrr.

GALVÁN.- Me han dicho que es muy peligroso.

GALVÁN.- Igual que a mí.

HORACIO.- Dicen que es muy astuto.

GALVÁN.- Lo sé. Lo he leído en las instrucciones de guardia. *(Sacando el Libro de instrucciones y ordenanzas militares y buscando la descripción del enemigo)* Espera. Mira lo que dice aquí:

ENEMIGO.- Del lat. *Inimicus*. Adjetivo. El que tiene mala voluntad a otro y le desea o hace mal. Terrorista. Muy peligroso. Muy astuto. Muy cruel. Viste chaquetón gris con galones dorados. Pantalón del mismo color y botas. Usa fusil y lleva un casco verde militar.

HORACIO.- Es una buena descripción, pero en el libro que yo tengo no dice eso. Dice algo parecido, pero no dice eso exactamente.

GALVÁN.- Y ¿Qué dice?

HORACIO.- *(Leyendo)* ENEMIGO.- El que es malo, malo, malo.

GALVÁN.- Eso es una versión resumida.

HORACIO.- *(Sigue leyendo)* El contrario en la guerra. *(Pausa. Horacio y Galván se miran buscando una respuesta que ninguno de los dos tiene)*

GALVÁN.- *(Pregunta retórica)* ¿El contrario en la guerra?

HORACIO.- *(Continúa leyendo)* Terrorista. Muy peligroso. Muy astuto. Muy cruel. Viste chaquetón azul oscuro con galones dorados. Pantalón del mismo color y botas. Usa fusil y lleva un casco verde militar.

HORACIO.- Tenemos muchos datos para reconocerlo. Eso es lo importante.

HORACIO.- ¿Son tus hijos?

GALVÁN.- Todos son mis hijos. Bueno, todos los que aparecen en esta foto. Hay otros niños que no aparecen y que tienen otros padres. Aquello de allí son las gallinas de nuestro corral y aquello... ¿Lo ves?

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- Aquello es un caballo. Y las lechugas y los tomates que cultivamos, y los cerdos y el carro...

HORACIO.- Todo eso no lo veo.

GALVÁN.- Es que no se ve, pero está todo.

HORACIO.- *(Mirando atentamente la foto)* Pues yo sigo sin verlo.

GALVÁN.- En una fotografía hay muchas cosas que no se ven pero que están. Por ejemplo, los vecinos, los amigos de mis hijos, los míos, el que hace la foto y las cosas que hay a los lados y todo lo que hay dentro de la casa. Por eso, cuando miras una foto, necesitas a alguien para que te vaya explicando las cosas y poder conocerlo todo, si no es como si vieras sólo la mitad. Mira, se ven también las nubes y los árboles.

HORACIO.- Tienes razón, como el campo es tan grande y tan extenso es muy difícil verlo en una fotografía sin que nadie te lo explique y te dé unas orientaciones.

GALVÁN.- Claro.

HORACIO.- Yo también tengo un tractor.

GALVÁN.- ¿Trabajas en el campo?

HORACIO.- En el campo, para el campo y por el campo.

GALVÁN.- Los hombres del campo nos entendemos con mucha más facilidad que los de la ciudad.

HORACIO.- Hace otra temperatura.

GALVÁN.- Y se vive más tranquilo. Uno tiene vecinos que son casi como de la familia.

HORACIO.- La felicidad es la felicidad.

GALVÁN.- Eso mismo digo yo.

HORACIO.- Y yo.

GALVÁN.- Por eso llevo las fotos de mi familia. El recuerdo es el recuerdo.

HORACIO.- Yo no tengo fotos, pero llevo una carta de mi novia que... Como ella es de la ciudad.

GALVÁN.- Los de la ciudad son gente muy rara.

HORACIO.- Llevo una carta que me escribió un día.

GALVÁN.- ¿Un día?

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- ¿Son buenas noticias?

HORACIO.- Una carta de novia lleva siempre buenas noticias.

GALVÁN.- Eso anima mucho. Yo, como llevo fotos, no llevo cartas.

HORACIO.- Eso es otra cosa, así no tienes que leer. La gente del campo leemos en la Naturaleza.

GALVÁN.- ¿Vives en el campo?

HORACIO.- Antes ya te dije que era agricultor. ¿No te acuerdas?

GALVÁN.- Ya lo había olvidado. Con tantas cosas que tiene uno en la cabeza. No se puede recordar todo.

HORACIO.- Eso es verdad y como se parecen unas a otras. Por ejemplo, tienes una palabra y no sabes lo que significa, pero se parece a otras que sí conoces, entonces es fácil confundirse.

GALVÁN.- Las cosas nunca son lo mismo, aunque sean iguales.

HORACIO.- O parecidas.

GALVÁN.- Uno puede estar siempre equivocado y no saberlo.

HORACIO.- Algunas veces las palabras aclaran muy poco, por eso se confunde uno.

(Pausa. Galván mira a un lado, luego al otro, entrega su fusil a Horacio y se aparta a una esquina para hacer un pis)

GALVÁN.- No puedo aguantar la jornada sin...

HORACIO.- Sin qué.

GALVÁN.- Sin eso.

HORACIO.- *(Acentuando la confidencialidad)* ¿Sin qué?

GALVÁN.- Sin pssss... y como no estoy en mi puesto...

HORACIO.- Podrías ir a un lado y...

GALVÁN.- ¿Y?

HORACIO.- Pues lo haces y ya está.

GALVÁN.- ¿Tú crees?

HORACIO.- Prueba y verás.

GALVÁN.- Pero es que dentro de un rato tendré el mismo problema.

HORACIO.- Pues te vuelves a apartar y lo vuelves a hacer.

GALVÁN.- No puede uno descansar nada. Siempre hay que estar dando la vuelta a lo mismo. Y otra vez, y otra vez.

HORACIO.- ¡Venga! Yo vigilaré mientras.

(Se aparta a un lateral mientras Horacio lo sigue y lo mira atentamente)

HORACIO.- ¿Qué tal ahora?

GALVÁN.- ¡Hombre! Mucho mejor. No hay punto de comparación.

HORACIO.- Es lo que pensaba. ¿Puedo probar yo?

GALVÁN.- ¿No te dará miedo?

HORACIO.- Yo tengo costumbre.

GALVÁN.- De acuerdo, pero no tardes.

(Horacio se aparta a una esquina y Galván lo sigue atentamente. Cuando regresa comienza una búsqueda vigilante en la que Galván se convierte en la sombra de Horacio. Después del tiempo necesario se encuentran de nuevo en un lugar que no han abandonado nunca. Se miran y se reconocen)

HORACIO.- Esta es la carta de la que te hablé.

GALVÁN.- ¿Has recibido correo?

HORACIO.- Hace mucho tiempo. Yo recibo correo todos los días.

GALVÁN.- Pues a mí no me llega nada, tendré mal puesta la dirección.

HORACIO.- Es que es lo primero en lo que hay que darse cuenta. Cuando llegué a mi puesto, lo primero que hice fue ver si estaba bien la dirección. Yo recibí esta carta sin ningún problema. Mira.

GALVÁN.- *(Sorprendido)* ¡Está escrita!

HORACIO.- Claro, ¿Qué te creías?

GALVÁN.- Nada, sólo que yo he leído cartas que no están escritas. Aunque eso sólo ha sido algunas veces.

HORACIO.- Puede ser que la gente se despiste y escriba cartas que luego no escribe, pero mi novia es muy cuidadosa y pone mucha atención en todo lo que hace. Mira, detrás de esta *l* ha puesto una *a* y quiere decir: *La*.

GALVÁN.- ¿A ver? ¡Vaya que sí! Pero *vaca* se escribe con *v*.

HORACIO.- Se refiere a *ba*ca de coche.

GALVÁN.- Ya.

HORACIO.- Y aquí hay un acento.

GALVÁN.- Es un acento bien puesto.

HORACIO.- Es un acento muy recto. Mira esta *hache*. ¿Qué te parece? ¿Eh? ¿Qué me dices?

GALVÁN.- Estoy sorprendido.

HORACIO.- Ella tiene estudios.

GALVÁN.- ¿Y qué dice?

HORACIO.- ¿Quién?

GALVÁN.- Tu novia.

HORACIO.- ¿Qué va a decir? Pues cosas de novios.

GALVÁN.- Ya pero...

HORACIO.- Me habla del amor, de lo que se acuerda de mí, de los sueños, de la ilusión, de que nos casaremos pronto y todo eso.

GALVÁN.- Qué bonito.

HORACIO.- ¿Quieres que te la lea?

GALVÁN.- ¿Leérmela? ¿Una cosas así, tan, tan...? No sé, tendría que pensarlo.

HORACIO.- Tú me has enseñado tus fotos.

GALVÁN.- Pero no te he leído una carta.

HORACIO.- Ya, pero, yo creí que podría interesarte.

GALVÁN.- ¿Es importante?

HORACIO.- Es de novios.

GALVÁN.- ¿Pero es importante?

HORACIO.- Puede que sí o puede que no. Seguro que para los novios es importante.

GALVÁN.- Es que no querría yo pecar de curioso.

HORACIO.- *(Hace un pequeño gesto de complicidad y comienza a leer)* **Querido Horacio:**

GALVÁN.- ¿Te llamas Horacio?

HORACIO.- Sí

GALVÁN.- Mi mejor amigo también se llama Horacio. Fuimos juntos al colegio y hemos pasado unos ratos que...

HORACIO.- ¿En el colegio?

GALVÁN.- En el colegio, en la calle, en nuestros escondites. Y se llama Horacio, como tú.

HORACIO.- Es una casualidad. Como hay tantos horacios en el mundo

GALVÁN.- Sí, eso es cierto. Uno va por la calle y va diciendo: Adiós Horacio; buenos días Horacio; hasta luego Horacio ... Y no digamos cuando entras en una tienda, el dueño siempre se llama Horacio, sobre todo en las panaderías.

HORACIO.- *(Con una alegre sorpresa)* A mí me pusieron Horacio por mi abuelo, que era panadero. Es una cosa curiosa.

GALVÁN.- Y entre los policías y las enfermeras también es muy corriente.

HORACIO.- ¿Entre las enfermeras?

GALVÁN.- ¡Claro!

HORACIO.- Pero ellas son mujeres.

GALVÁN.- Horacia, me refiero. Yo conozco a muchas.

HORACIO.- Es extraño y también es una suerte, así no me puedo sentir solo nunca.

GALVÁN.- Pero a pesar de todo, un amigo es un amigo y eso no se confunde tan fácilmente, por muchos horacios que haya en el mundo. Pero, por favor, continúa, continúa, que te he interrumpido.

HORACIO.- *(Adoptando un tono confidencial)* No puedo seguir.

GALVÁN.- ¿No puedes seguir?

HORACIO.- No.

GALVÁN.- ¿Por qué no puedes seguir?

HORACIO.- *(Acentuando la confidencialidad)* No sé leer.

GALVÁN.- Pues habías empezado muy bien.

HORACIO.- Empezar, empezar es fácil, lo difícil es seguir.

GALVÁN.- ¿Qué podemos hacer?

HORACIO.- Yo no sé leer.

GALVÁN.- *(En el mismo tono)* Yo tampoco.

HORACIO.- ¿Yo tampoco?

GALVÁN.- Yo tampoco.

HORACIO.- ¿No sabes leer? ¡Dios mío, no sabes leer!

GALVÁN.- No, pero no levantes la voz, que nos pueden oír. Por eso llevo fotografías en vez de cartas. Me hago un lío con tantas letras juntas que van cambiando de lugar. Cuando van aquí quieren decir una cosa y cuando van allí quieren decir otra. Eso no hay quien se lo aprenda.

HORACIO.- Entonces ¿Qué hacemos?

GALVÁN.- No sé. Podemos guardar silencio y esperar. Es posible que podamos encontrar una solución.

HORACIO.- Sí, es buena idea.

(El tiempo, el tiempo, el tiempo. Silencio)

GALVÁN.- *(Mirando a derecha y a izquierda)* ¿Tendremos que esperar mucho tiempo?

HORACIO.- Es posible.

GALVÁN.- Pues no sé, mientras podríamos hacer algo. Yo comienzo a aburrirme.

HORACIO.- Mientras te puedo leer una carta de mi novia.

GALVÁN.- ¿Sabrías hacerlo? Si no es molestia.

HORACIO.- No, de ninguna manera. Con mucho gusto.

GALVÁN.- Eres muy amable. No quisiera entrometerme en algo tan íntimo.

HORACIO.- ¿Somos o no somos amigos?

GALVÁN.- Somos amigos.

HORACIO.- ¡Somos muy amigos!

GALVÁN.- ¡Claro!, como somos vecinos.

HORACIO.- Los dos tenemos muchas cosas en común.

GALVÁN.- Los dos somos del campo.

HORACIO.- Los dos somos soldados.

GALVÁN.- Los dos estamos vigilando.

HORACIO.- Los dos buscamos al enemigo.

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- Son muchas cosas las que nos unen.

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- Entonces escucha:

Querido Horacio: Ese soy yo.

Hace mucho tiempo que no sé nada de ti. ¿Diez, quince, veinte años? –El tiempo pasa tan rápido... - *Nadie sabe decirme si has muerto o qué te ha pasado. Aquí todo el mundo te da por desaparecido y no sé si estas letras llegarán algún día a tus manos. Te he querido mucho. Muchísimo.* –Ella es muy cariñosa y está muy enamorada-

GALVÁN.- Parece una gran mujer.

HORACIO.- Lo es. *(Continúa leyendo la carta)* *Te he esperado todo lo que he podido pero me he enamorado de otro hombre y me voy a casar.* –A ella le gusta tanto compartir- *Creo que estoy embarazada y pronto formaré una familia.* –Va a ser madre y, fíjate, yo aquí, vigilando y luchando contra el enemigo- *Espero que comprendas la situación y que, aunque estés desaparecido, estés bien. Un beso.* –Me manda un beso. Un beso de enamorados.

GALVÁN.- Es una carta muy amorosa.

HORACIO.- *(Mirando la carta intentando ver más allá de las letras una imagen que ya no existe)* Ella es así. Estoy deseando que termine todo para poder abrazarla y decirle cuánto la quiero.

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- Me la voy a guardar aquí *(Se guarda la carta en el bolsillo izquierdo, a la altura del corazón)* Por nada del mundo quisiera perderla.

GALVÁN.- Ese es el sitio de las balas en campo abierto.

HORACIO.- Ya lo sé.

GALVÁN.- Las ordenanzas dicen que es por ahí por donde tiene que entrar la bala cuando vas corriendo por el campo con el fusil en la mano.

HORACIO.- Como tú vas corriendo y vas agachado para que no te caigan las bombas en la cabeza y el enemigo dispara desde la trinchera pues eso, que es más fácil que te dé en el corazón. Mira, ponte ahí. Tú eres el enemigo.

GALVÁN.- ¿Yo?

HORACIO.- Es un juego, espera.

GALVÁN.- Ya, pero es que yo no soy el enemigo, soy Galván.

HORACIO.- Es como si lo fueras. Ya sé que eres el soldado Galván y yo soy Horacio.

GALVÁN.- ¿Horacio?

HORACIO.- Sí, es mi nombre. Tú eres el enemigo.

GALVÁN.- ¿Y tú?

HORACIO.- Yo soy Horacio.

GALVÁN.- Y yo soy Galván.

HORACIO.- *(Con mirada atenta y paciente)* Ya, pero ahora es un juego y tú haces de enemigo.

GALVÁN.- Pero yo no soy el enemigo. Soy ...

HORACIO.- ¡Firmes! *(Galván se cuadra de golpe y rompe la formación cuando le vuelve a hablar Horacio)* Venga, es sólo una suposición. Ponte ahí, como si estuvieras en una trinchera.

GALVÁN.- *(Agachándose como si estuviera parapetado).* ¿Así?

HORACIO.- Eso es. Entonces yo vengo corriendo y tú me disparas.

GALVÁN.- Ya, pero es que no tengo municiones.

HORACIO.- Sólo estamos jugando, porque si me dispararas de verdad sería en serio y, entonces, serías el enemigo y me matarías.

GALVÁN.- ¿Tú crees?

HORACIO.- ¡Claro! Eso pasa siempre.

GALVÁN.- ¿Entonces te disparo de broma?

HORACIO.- Yo vengo corriendo y ... *(Recorriendo con el dedo el camino de la bala)* ¿Ves? A la altura del corazón.

GALVÁN.- Es verdad. Las ordenanzas no se equivocan.

HORACIO.- No se equivocan nunca.

GALVÁN.- Pero es muy peligroso, porque tu vas corriendo, te disparan y no te das cuenta y sigues corriendo hasta que tu corazón te avisa.

HORACIO.- Es cierto, aunque el corazón siempre avisa de estas cosas. Uno no sabe cuando, pero avisar, avisa.

GALVÁN.- Y puede ser que, estando ya muerto, mates a otra persona que aún esté viva.

HORACIO.- O a otro muerto que esté tan muerto como tú.

GALVÁN.- Esto es un lío.

HORACIO.- La guerra lo confunde todo.

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- Lo mejor es no venir y ya está.

GALVÁN.- Eso no depende de nosotros.

HORACIO.- Ya lo sé. Lo dicen muy claro las ordenanzas. Eso es culpa del enemigo.

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- ¿Tienes agua?

GALVÁN.- *(Indiferente)* En mi cantimplora. Siempre llevo agua en mi cantimplora. Mira, me la dieron en el ejército.

HORACIO.- Es igual que la mía. Los tapones son del mismo color.

GALVÁN.- Seguro que las fabrican todas en el mismo lugar.

HORACIO.- Seguro.

GALVÁN.- Total, es sólo para llevar agua.

HORACIO.- Yo acabé la mía hace tiempo.

GALVÁN.- Pues coge de la mía. El agua es el agua y el agua es de todos. Y más de un vecino como tú.

HORACIO.- Es para tomar un medicamento.

GALVÁN.- *(Reaccionando)* ¿Estás enfermo?

HORACIO.- No, sólo es un medicamento.

GALVÁN.- Ven, ven, siéntate aquí. Tienes que descansar. Voy a por una camilla. No tardo ni un minuto. *(Galván se acerca a su puesto y saca una camilla de campaña. La trae corriendo y la extiende junto a Horacio)* Venga, súbete aquí, rápido. *(Horacio se acuesta en la camilla y Galván la coge por uno de los extremos)* Espera un momento. Así no puede ser. Tú debes coger por el otro lado, me tienes que ayudar. *(Horacio se levanta de la camilla y coge del otro extremo.)*

HORACIO.- ¿Así?

GALVÁN.- Sí, rápido, ya podemos irnos. *(Comienzan a andar y cuando sólo han dado un paso...)* Espera, espera un momento. Tampoco puede ser así, tú tienes que ir dentro de la camilla.

HORACIO.- Entonces ¿Qué hacemos?

GALVÁN.- No sé. No sé cómo se hace esto. En el libro de instrucciones sólo dice que hay que coger de un lado y de otro. *(Decidido.)* Siéntate aquí como antes y ponte cómodo. ¿Cómo tienes el pulso? ¿Tienes fiebre? Di treinta y tres.

HORACIO.- Treinta y tres.

GALVÁN.- Otra vez.

HORACIO.- Treinta y tres. Treinta y tres.

GALVÁN.- Lo dices muy bien. No puede ser grave.

HORACIO.- Me gusta el número treinta y tres.

GALVÁN.- Es el número de la salud. Los médicos lo utilizan mucho.

HORACIO.- Treinta y tres.

GALVÁN.- Los números lo cuentan todo y si te saltas uno enseguida te llaman la atención. Voy a guardar la camilla, puede que nos haga falta en otro momento.

HORACIO.- Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis.

GALVÁN.- ¿Te encuentras mejor?

HORACIO.- Un poco sí.

GALVÁN.- El mejor amigo del soldado en el campo de batalla es el sanitario.

HORACIO.- Sin duda alguna.

GALVÁN.- Ahora descansa. Descansa mientras yo hago la guardia.

HORACIO.- Es que yo tengo que hacer la mía.

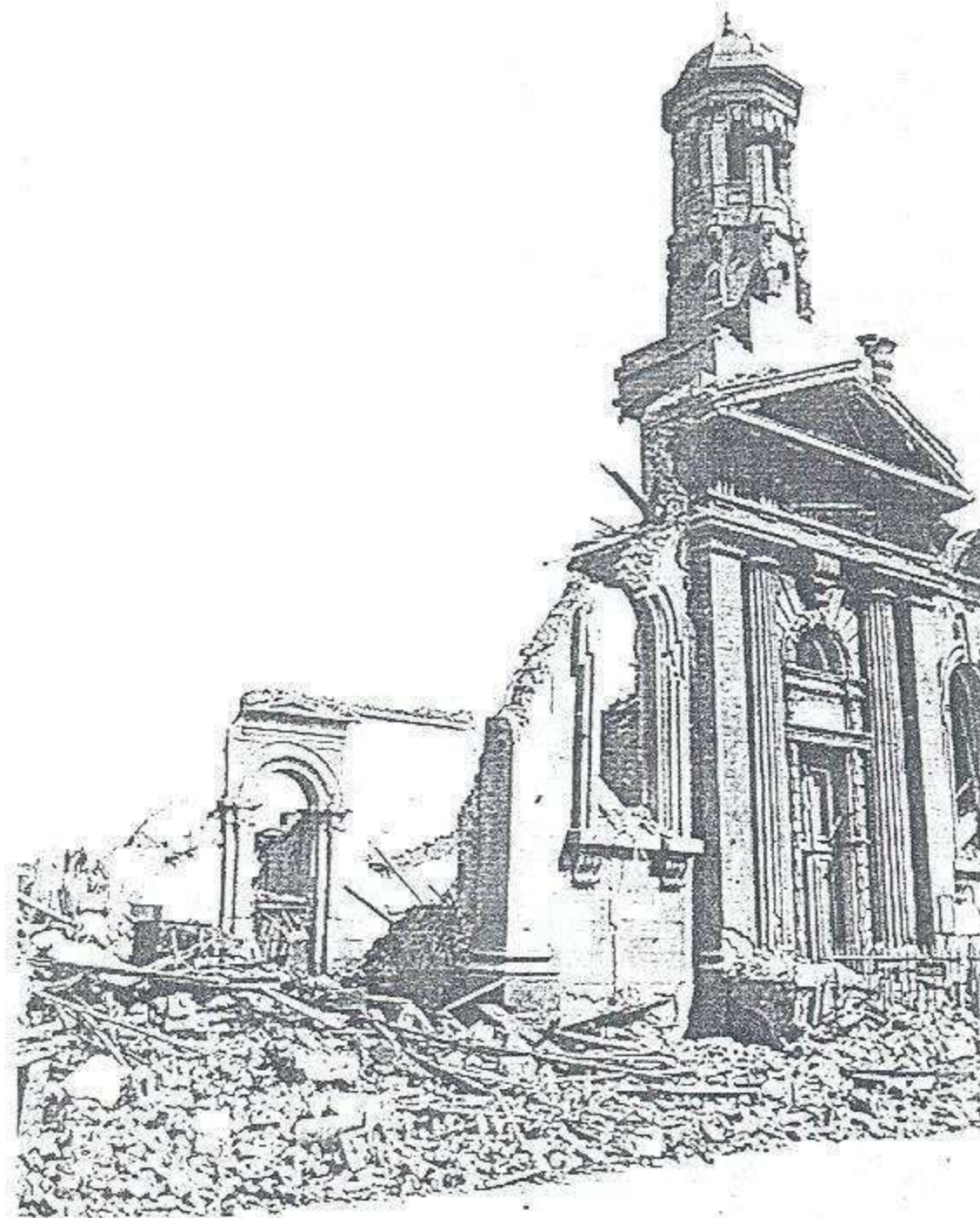
GALVÁN.- No te preocupes. Yo la hago por los dos. No me importa.

HORACIO.- ¿De verdad que no te importa?

GALVÁN.- ¿Somos o no somos vecinos?

HORACIO.- Es verdad.

(Horacio queda sumido en un profundo sueño y Galván vigila atentamente los dos puestos de guardia. Galván le protege del frío con su chaqueta guerrera)



GALVÁN.- Mientras Horacio duerme daré unos pasos en aquella dirección y echaré un vistazo. *(Mira atentamente el horizonte.)* Vigilar es una tarea muy complicada. Si doy un paso y después otro y otro y otro voy abriendo camino en esta espesa selva, pero de qué me sirve. Las cosas parecen fáciles pero luego, cuando menos te lo esperas, se van poniendo difíciles y... *(Galván se sienta en la orilla de un perdido camino y duerme profundamente durante unos eternos instantes).*

HORACIO.- *(Despertándose de golpe.)* ¡Galván!, ¡Galván! ¿Dónde estás?

GALVÁN.- Estoy aquí, estoy aquí.

HORACIO.- Me he quedado durmiendo sin darme cuenta.

GALVÁN.- Te pusiste enfermo y yo estuve vigilando. Ahora ya has despertado. ¿Te encuentras mejor?

HORACIO.- Como un roble. Como una viga de acero. Como una roca.

GALVÁN.- Me habías preocupado. Te vi mala cara y...

HORACIO.- Tú eres un amigo.

GALVÁN.- Somos vecinos.

HORACIO.- Es verdad. Somos un equipo.

GALVÁN.- Sí.

(Miran atentos a un lado y a otro. La niebla, que se asienta en los labios del miedo, hace una ligera ola.)

HORACIO.- La hora que es tengo que volver a mi puesto.

GALVÁN.- Y yo.

HORACIO.- Tengo que terminar con las cosas que indican las ordenanzas.

GALVÁN.- Y yo.

HORACIO.- He de poner todas las cosas en perfecto estado de revista, hacer informes, dar el parte.

GALVÁN.- Y yo. *(Sacando un paquete de cigarrillos)* ¿Quieres uno?

HORACIO.- No, gracias, no fumo. Es por los pulmones.

GALVÁN.- Yo también tengo pulmones.

HORACIO.- Y yo.

GALVÁN.- Es algo muy corriente en la gente.

HORACIO.- Es como de nacimiento. ¿No crees?

GALVÁN.- No sé.

HORACIO.- Uno nace con pulmones, vive con pulmones y se muere con pulmones.

GALVÁN.- Es una compañía para toda la vida.

HORACIO.- Y te ayudan a respirar.

GALVÁN.- Yo respiro por las narices.

HORACIO.- Estarás enfermo. ¿Has ido al médico?

GALVÁN.- No, estoy vigilando.

HORACIO.- Y yo. ¿Has visto algo?

GALVÁN.- Psss. Algo me ha parecido, pero la hora que es he terminado ya mi ronda.

HORACIO.- ¿Qué hora es?

GALVÁN.- Pues la hora de siempre. Cuando llega esta hora regreso siempre a mi puesto y hago el trabajo administrativo.

HORACIO.- Eso es cosa de las secretarias.

GALVÁN.- ¿Tú tienes secretaria?

HORACIO.- No.

GALVÁN.- ¿Y cómo lo haces?

HORACIO.- Lo hago yo mismo.

GALVÁN.- Igual que yo. También lo hago yo mismo.

HORACIO.- Ahora me tengo que ir.

GALVÁN.- ¿Te vas ya?

HORACIO.- ¿Tú no?

GALVÁN.- ¡Claro! También me tengo que ir.

HORACIO.- Tú primero.

GALVÁN.- No, por Dios. Tú primero.

HORACIO.- Los dos a la vez.

(Horacio y Galván se van separando dirigiéndose cada uno a su puesto. Cuando llegan desaparecen detrás del parapeto de la trinchera. Inmediatamente Galván asoma la cabeza buscando equilibrar el horizonte. Saca unos prismáticos y poco a poco va saliendo del puesto)

GALVÁN.- *(Que no puede creer lo que está viendo por los prismáticos)* ¡Dios mío! Veo, veo.

HORACIO.- *(Asomando vigilante y con el temor entre los dientes)* ¿Qué ves?

GALVÁN.- ¡Allí!

HORACIO.- *(Acercándose a Galván y sacando sus prismáticos)* ¿Qué?

GALVÁN.- Una tormenta.

HORACIO.- ¿Una tormenta?

GALVÁN.- No, no, eso no.

HORACIO.- ¿La noche?

GALVÁN.- No, eso tampoco.

HORACIO.- Déjame ver. *(Cambian sus prismáticos)*

GALVÁN.- *(Con el terror en su mirada se pasan los prismáticos)* Toma.

HORACIO.- Los tuyos son buenos.

GALVÁN.- Pues anda que los tuyos.

HORACIO.- A mí me los da el ejército.

GALVÁN.- Igual que a mí.

(Los dos sujetan sus aparatos. La realidad es lo que está detrás de las lentes)

HORACIO.- ¡Dios mío!

GALVÁN.- ¡Dios mío!

(Galván y Horacio se miran buscando entre ellos alguna señal que les indique un camino hacia el futuro. Puede que se haya hecho de noche y ellos hayan quedado atrapados en algún lugar de las sombras. Puede que ellos mismos no sepan que Dios viste de blanco rojo y azul estrellado. Horacio ha visto de lo que es capaz el enemigo. Galván también)

HORACIO.- Lo estoy viendo. Estoy viendo al...

GALVÁN.- ¿Al ...? ¿Cómo lo sabes tú?

HORACIO.- ¿Cómo sabes tú qué?

GALVÁN.- Digo que có-mo-sabes-tú-que-es-él...

HORACIO.- Esas ciudades, esos hombres. Los niños. Veo a un anciano que se parece a muchos ancianos.

GALVÁN.- *(Buscando con impaciencia en el horizonte)* ¿Y qué hace?

HORACIO.- Nada.

GALVÁN.- Algo estará haciendo. Uno siempre está haciendo algo. Bueno o malo, pero algo.

HORACIO.- Está muerto. Están muertos. Todos están muertos.

GALVÁN.- ¿Y los niños?

HORACIO.- También.

GALVÁN.- ¿Todos?

HORACIO.- Hay grandes montañas de niños.

GALVÁN.- *(Que ha bajado sus prismáticos porque no quiere mirar)* ¿Y niñas?

HORACIO.- También.

GALVÁN.- ¿Y las mujeres?

HORACIO.- No veo a ninguna. Estarán debajo de los niños y de las niñas. Suelen matarlas antes para que no griten y se arme mucho escándalo. Como hablan tanto...

GALVÁN.- Tienen siempre tantas cosas que decir.

HORACIO.- Como son madres.

GALVÁN.- ¿Y los hombres? ¿Ves a alguno?

HORACIO.- *(Con tono distraído mirando por los prismáticos)* ¡Qué raro!, a los hombres no los veo.

GALVÁN.- ¡Dios mío! ¿Tú crees que llegará pronto?

HORACIO.- No lo sé, no lo puedo ver muy bien.

GALVÁN.- ¿Qué podemos hacer? ¿Se te ocurre algo?

HORACIO.- *(Sacando el Libro de instrucciones y ordenanzas militares)* Espera un momento. ¿A ver, a ver?

GALVÁN.- ¿Qué dice?

HORACIO.- *(Leyendo)* Si aparece el enemigo, comportarse como un buen soldado.

GALVÁN.- *(Que también ha sacado su libro)* En el mío dice lo mismo

HORACIO.- ¿Y eso qué significa?

GALVÁN.- Ya sabes. ¡Grrrrrr!

HORACIO.- Es verdad. ¡Grrrrrrrr!

(Horacio y Galván vigilan. Los ojos parecen salirseles de las órbitas. Miran al horizonte con la atención que sólo el miedo es capaz de prestar)

GALVÁN.- ¿Has visto pasar a alguien?

HORACIO.- No.

GALVÁN.- ¿Llevas mucho tiempo aquí?

HORACIO.- No, acabo de llegar y no he visto pasar a nadie.

GALVÁN.- ¡Qué raro! Juraría que aquí había un tipo así, muy parecido a ti, vestido de soldado y con un fusil, como el tuyo.

HORACIO.- ¿Qué se llama Horacio?

GALVÁN.- ¿Cómo lo sabes?

HORACIO.- ¿Qué su abuelo era panadero?

GALVÁN.- ¿Lo conoces?

HORACIO.- ¿Tú eres Galván?

GALVÁN.- *(Mirando en todas direcciones para reconocerse en el espacio)* Sí.

HORACIO.- ¿El soldado Galván?

GALVÁN.- Sí.

HORACIO.- Yo soy Horacio.

GALVÁN.- ¡Lo sabía!. Te vi desde lejos y me dije: ¡Ahí está Horacio, el nieto del panadero!

HORACIO.- Tienes una vista...

GALVÁN.- Con esta luz.

HORACIO.- Y esas nubes.

GALVÁN.- Aquellas montañas.

HORACIO.- La llanura tan extensa.

GALVÁN.- En el colegio nos daban clases de geografía y nos hablaban de las montañas, de las llanuras, de las nubes, pero yo no iba, como siempre estaba cerrado.

HORACIO.- Sí, es verdad, siempre estaba cerrado porque la gente le tenía mucho miedo a los maestros.

GALVÁN.- Y a las maestras.

HORACIO.- Saben tantas cosas que...

GALVÁN.- Que son muy peligrosos. Una ligera equivocación y te estropean la vida para siempre.

HORACIO.- Sí, porque una llanura es una llanura, lo diga quien lo diga.

GALVÁN.- Pero si lo dice un maestro, las cosas cambian.

HORACIO.- Eso es lo malo.

GALVÁN.- Entonces, ¿Qué hay de nuevo?

HORACIO.- Ya ves. Vigilar, vigilar y vigilar. Lo dicen las ordenanzas.

GALVÁN.- Y las ordenanzas hay que cumplirlas.

HORACIO.- He leído que pronto todo va a cambiar y que vamos a tener que vigilar menos, pero yo no me lo creo.

GALVÁN.- ¿Lo has leído?

HORACIO.- ¡Claro!

GALVÁN.- ¿Dónde?

HORACIO.- Pues donde se leen estas cosas, en la prensa.

GALVÁN.- ¿Tienes el periódico?

HORACIO.- Sí, lo llevo siempre.

GALVÁN.- Y podría yo echarle un vistazo para ver...

HORACIO.- Toma, toma. Aquí lo tengo. Lo llevo siempre conmigo para una emergencia.

GALVÁN.- Es para ver la lotería. Compré un número para probar suerte.

HORACIO.- ¿A ver? Llevas el 56. Yo también llevo. Mira, el 78. Vamos a ver.

GALVÁN.- Espera, pero el periódico es de hace años.

HORACIO.- Ya lo sé. Yo es que leo muy despacio y, además, me gusta aprenderme las noticias de memoria.

GALVÁN.- ¿De memoria?

HORACIO.- Sí.

GALVÁN.- No me lo puedo creer. ¿Y no te duele recordar siempre las noticias de prensa?

HORACIO.- Realmente no. Como no sé leer, no sé qué es lo que dicen exactamente. ¿Quieres que te haga una demostración?

GALVÁN.- Bueno, si no me va a interrumpir la guardia.

HORACIO.- <<El IPC de los países pobres supera el triple de la media transnacional del índice previsto para el mercado de los diez>> ¿Qué te parece?

GALVÁN.- Psss, no sé.

HORACIO.- Espera, mira esta otra: <<El mibor más un punto es el preferencial hipotecario de las cajas y de algunos bancos.>>

GALVÁN.- ¿Te sabes más?

HORACIO.- Sí, pero... No puedo hacerle la competencia a los periódicos. Toma, échale un vistazo.

GALVÁN.- Pero no vale para mirar la lotería.

HORACIO.- ¿No? ¿De qué fecha es la tuya?

GALVÁN.- Aquí lo pone.

HORACIO.- Para la lotería eso no es problema. Cuando veas a quien te la ha vendido le dices que te pague el premio y ya está.

GALVÁN.- Pero si no sé si me ha tocado o no.

HORACIO.- Es igual, posiblemente él tampoco lo sepa.

GALVÁN.- Es verdad. Tú puedes hacer lo mismo con tu número.

HORACIO.- A mí es que no me ha tocado.

GALVÁN.- Pero el vendedor no lo sabe.

HORACIO.- Eso es lo que tú te crees. Son más listos de lo que parece.

GALVÁN.- Entonces ¿Qué hacemos?

HORACIO.- Pues lo que hace todo el mundo. Esperar otra oportunidad.

GALVÁN.- Otra oportunidad la puede esperar cualquiera, pero nosotros estamos vigilando y no podemos hacer cualquier cosa.

HORACIO.- Cualquier cosa no. Si te subes a una montaña muy alta, muy alta, muy alta, muy alta...

GALVÁN.- ¿Muy alta?

HORACIO.- Sí, muy alta y miras al horizonte lejano, allá, a lo lejos, y no logras ver nada de nada de nada de nada...

GALVÁN.- Que no ves nada.

HORACIO.- No, no ves nada y piensas que tienes que ver algo porque cuando uno mira siempre ve algo, entonces es cuando piensas que todo está en silencio y no puedes oír nada..

GALVÁN.- ¿Y?

HORACIO.- Que no puedes oír nada.

GALVÁN.- Ya te he oído. ¿Y?

HORACIO.- Pues que estás sordo y eres ciego.

GALVÁN.- Ya, pero nosotros no somos ni sordos ni ciegos.

HORACIO.- Es posible, pero ya es la hora de comer y no puedo entretenerme charlando. Todavía tengo mucho trabajo. *(Saca una servilleta, se la coloca en el cuello y, de su mochila de campaña, extrae una marmita con algo de comer. Galván le mira atento)* ¿Tú no comes?

GALVÁN.- ¡Claro! El que no come se muere.

HORACIO.- Se muere todo el mundo, comas o no comas. Si comes mucho te mueres, si comes poco te mueres, si comes ni mucho ni poco te mueres igual. Hagas lo que hagas te mueres.

GALVÁN.- ¿Entonces por qué comes?

HORACIO.- Porque es la hora de comer y, en el ejército, hay que respetar el horario. Lo dicen las ordenanzas y si no las cumples te llevan preso y te hacen un consejo de guerra.

GALVÁN.- Es verdad.

HORACIO.- Además, el enemigo puede llegar en cualquier momento y hay que tenerlo todo bien recogido.

GALVÁN.- ¿El enemigo también pasa revista?

HORACIO.- No lo sé, pero puedes caer prisionero e irte a uno de esos campos para toda la vida.

GALVÁN.- *(Con el reglamento en la mano)* Aquí dice que el enemigo no hace prisioneros.

HORACIO.- Pues entonces no puedes dejar las cosas desordenadas y sin hacer, como si todo fuera un desastre.

GALVÁN.- Es verdad.

(Horacio deja a un lado la comida. Los dos soldados miran en todas las direcciones deseando no encontrar a nadie y apretando fuertemente su fusil. Sus pasos, que caminan varios kilómetros en direcciones distintas, son sigilosos, torpes y aterrados. El miedo continúa a pesar de no sentirse solos.)

(Pausa y silencio. Las retinas van cambiando sucesivamente hasta dibujar pequeños arcos de un extraño color. De nuevo el tiempo comparte los dos mundos verdaderos. Uno que lucha por la razón. El otro también)

GALVÁN.- Como aparezca...

HORACIO.- Como lo vea...

GALVÁN.- Vigilar, vigilar y vigilar.

HORACIO.- Tanto vigilar y ya veremos qué es lo que pasa.

GALVÁN.- Y yo sin munición.

HORACIO.- Sólo me queda una bala, pero la voy a utilizar bien utilizada.

(Encontrándose de nuevo)

HORACIO.- ¿Quién anda ahí?

GALVÁN.- ¿Dónde?

HORACIO.- ¡Ahí!

GALVÁN.- Soy yo. Estoy vigilando.

HORACIO.- Yo también.

GALVÁN.- ¿También qué?

HORACIO.- También estoy vigilando.

(Ambos soldados se observan, se interrogan con la vista y buscan en su Libro de instrucciones y ordenanzas militares los datos que describen al enemigo)

GALVÁN.- Soldado.

HORACIO.- Soldado.

GALVÁN.- Viste chaquetón gris con galones dorados.

HORACIO.- Viste chaquetón azul con galones dorados. ¿Es azul este color?

GALVÁN.- Sí, ¿Te gusta?

HORACIO.- Psssss.

GALVÁN.- Es el uniforme.

HORACIO.- Ya, pero psssss.

GALVÁN.- *(Siguen leyendo.)* Muy peligroso.

HORACIO.- Muy astuto.

GALVÁN.- Muy cruel.

(Los dos soldados sienten miedo. Mucho miedo.)

HORACIO.- ¡¡Manos arriba!!

GALVÁN.- *(Que ha levantado las manos sujetando todavía el fusil.)* ¡No dispaes!

HORACIO.- ¡Hombre! Pero sin el fusil. Las ordenanzas dicen que las manos se levantan sin el fusil.

GALVÁN.- Lo siento. *(Deja el fusil en el suelo)*

HORACIO.- Y que uno se tiene que poner firme.

GALVÁN.- *(Poniéndose firme)* ¿Así?

HORACIO.- ¡Fuera pecho! ¡Barbilla arriba! ¡Pies juntos!

GALVÁN.- ¡¡Sí, señor!!

HORACIO.- *(Apuntándole a la cabeza)* Ahora ya te tengo y te será difícil escapar. Sólo me queda una bala y la voy a aprovechar. De un disparo voy a cumplir con mi obligación. ¿Cómo se puede ser tan cruel? Esos niños tan indefensos. Los ancianos, las ciudades. Esas mujeres que eran madres, hermanas, esposas.

GALVÁN.- Yo estaba vigilando...

HORACIO.- ¡Silencio! ¡Yo estaba vigilando!

GALVÁN.- Y yo.

HORACIO.- *(Cabreado)* Si yo estoy vigilando no puedes estar tú vigilando. Tú eres el enemigo y yo estoy vigilando.

GALVÁN.- Yo no soy el enemigo. Soy el soldado Galván.

GALVÁN.- Yo tampoco.

HORACIO.- Si veo algo te aviso.

GALVÁN.- Yo también.

HORACIO.- ¿Tú también?

GALVÁN.- Sí. Yo también.

(En el fondo ondean dos banderas distintas. Horacio y Galván quedan petrificados al borde de un abismo que sólo el tiempo decidirá si han de pasar o no)



- fin -

GALVÁN.- Yo tampoco.

HORACIO.- Si veo algo te aviso.

GALVÁN.- Yo también.

HORACIO.- ¿Tú también?

GALVÁN.- Sí. Yo también.

(En el fondo ondean dos banderas distintas. Horacio y Galván quedan petrificados al borde de un abismo que sólo el tiempo decidirá si han de pasar o no)



- fin -

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR